

cucion de Maximiano Daia S. Pafnucio fué otro de aquellos ilustres confesores que perdieron el ojo derecho y luego condenados á las minas despues de haberles cortado los nervios de la rodilla izquierda. Restituida la paz á la Iglesia volvió el Santo á su grey, dedicándose desde luego con el mayor zelo y teson á preservarla de los errores del arrianismo. Por su santidad eminente y glorioso título de confesor de la fe, mereció las mayores consideraciones de los padres del concilio de Nicea, al cual asistió. Constantino el Grande mientras se celebraron las sesiones de aquel sínodo, conferenció varias veces con él en su palacio, y jamás le despedía sin besarle el lugar en que habia perdido el ojo por la fe de Cristo. Permaneció siempre estrechamente unido con san Anastasio; y juntamente con S. Potamon obispo de Heraclea, y otros cuarenta y siete obispos de Egipto; acompañaron á su santo patriarca al concilio de Tiro en el año de 335, donde encontraron que eran acérrimos arrianos la mayor parte de sus miembros. No se tiene noticia individual de la muerte de san Pafnucio, aunque se cree que murió por los años de 337.

SANTA TEODORA ALEJANDRINA, PENITENTE.

Las vidas de Sta. María Egipcíaca y de Sta. Pelagia penitentes, pueden servir de ejemplo especialmente para las mujeres pecadoras y públicamente malas que, perdida la vergüenza, entregaron al tiempo sus cuerpos y sus almas á Satanás. Escribamos ahora otro ejemplo de una mujer casada, noble y rica, que habiendo vivido en grande honestidad, fué engañada y cayó en una flaqueza de carne, é hizo traicion á su marido, y lloró tanto su pecado como en el discurso de esta historia se verá; la cual escribió Simeon Metafraste en esta manera.

Siendo emperador Zenon, nació en Alejandría una mujer de padres nobles y ricos, dotada de grandes virtudes, la cual siendo de edad se casó con un caballero igual suyo, y vivieron en el matrimonio con gran paz y conformidad: llamábase Teodora; era muy amada y estimada del marido, porque le era muy obediente, muy amorosa y bien acondicionada, y por las muchas y grandes virtudes que resplandecian en ella, por las cuales, y especialmente por su rara honestidad, era muy querida y reverenciada de todos. Tuvo el demonio envidia de tanta bondad, y determinó hacer cruda guerra á la que vivía en tanta paz con su marido. Instigó á un mozo de buenas partes y rico que se aficionase á Teodora: encendióle con llamas y estímulos de concupiscencia, abrasándole las entrañas cuando pensaba en ella. Ren-

dido el pobre mozo á su loca pasion, procuró atraer á su voluntad á Teodora con blanduras, promesas y presentes, y con todo lo que el amor ciego en semejantes ocasiones suele ofrecer. Ninguna cosa aprovechó para que Teodora quisiese consentir en su mal deseo, ni aun mirarle, porque como era mujer tan honesta y tan cristiana, tenia á Dios delante y la lealtad que debía á su marido. Viendo, pues, el mozo perdido que no le sucedia á su propósito aquel negocio, tomó por medianera á una vieja hechicera y endiablada para que le sirviese de tercera, y acabase con Teodora por medio de sus palabras venenosas lo que él por otros tantos medios no habia podido alcanzar. Dijo tantas cosas la perversa vieja á Teodora, que con sus falsas razones le engañó y pervirtió para que consintiese; y en efecto se cometió el adulterio, y luego de él se siguió lo que suele del pecado, que es la vergüenza, arrepentimiento y dolor. Este fué tan grande y atravesó de tal manera (como un cuchillo agudo) al corazon de Teodora, que si Dios no la tuviera de su mano, fácilmente cayera en desesperacion. No le sirvió aquel pecado de estabon para otro pecado, sino para penitencia y correccion; porque habia nacido de flaqueza y engaño y no de malicia y mala voluntad. Comenzó á andar triste, desconsolada y afligida, y el marido, que la amaba tiernamente y no sabia la causa de aquella novedad, procuraba con caricias y regalos alegrarla y recrearla; mas como la llaga estaba en las entrañas, y el corazon tan lastimado, ninguna cosa que hacia el marido era parte para consolar á la pobre mujer. Parecióle que habia ofendido á su Dios, y deshonorado á su marido, y perdido el buen nombre que en la ciudad tenia, y que un infierno era poco para ella; y corrida y afrentada de sí misma, no osaba alzar sus ojos al cielo. Finalmente, cavó tanto este sentimiento en Teodora, que, movida de el Señor, se resolvió á pagar la culpa de aquel pecado con pena perpetua y con una penitencia rigurosa de toda su vida. Para esto, sin que nadie lo entendiese, se vistió de hombre y se fué á un monasterio de monges que estaba como seis leguas de la ciudad de Alejandría, donde con grande humildad y disimulacion de quien era, suplicó al abad que la admitiese en aquel convento para servir en él mas al Señor. Hiciéronla aguardar, para prueba de su constancia, toda aquella noche fuera de la puerta del monasterio al sereno, y no con pequeño peligro de ser despedazada y comida de bestias fieras; y á la mañana, vista su constancia, la admitieron, declarándola lo que habia de hacer en aquella santa casa, la regla que habia de guardar, y como habia de obedecer y servir á todos en los mas bajos y viles oficios, y tener cuenta con la

huerta, y traer agua, y hacer todo lo demás que fuese menester en el convento y fuera de él, y no por eso olvidarse del ayuno, oracion, horas canónicas y otras obras penales en que los santos monges se ejercitaban. Todo lo aceptó Teodora con gran voluntad, y todo le parecía poco por satisfaccion y castigo de su pecado. Ejercitóse ocho años en todos los oficios bajos de la casa, y en los demás que habemos dicho, con tan grande fervor y espíritu del cielo, que ponía admiracion á los otros monges. Mas cuando el marido halló menos á su mujer, no se puede fácilmente creer las olas y pensamientos varios que embistieron su corazon porque habia desaparecido: por una parte temia que no fuese alguna liviandad, y por otra se aseguraba con la honestidad y recato que siempre habia conocido en su mujer. Estando con esta congoja muy fatigado y lloroso, pidiendo á Dios que le descubriese donde estaba Teodora, le apareció un ángel que le dijo, que la mañana siguiente fuese á la iglesia de S. Pedro apóstol, y que allí mirase atentamente al rostro de la primera persona que se le pusiese delante. Mandó el abad á Teodora que fuese con los camellos á la ciudad á comprar aceite que faltaba en el convento. Fué, y encontrándose á la puerta de la iglesia de S. Pedro con su marido, saludáronse los dos, y ella le conoció y no fué de él conocida; porque como la vió vestida de hombre y de monge, y tan trocada y atenuada en el gesto con los ayunos, no cayó en su imaginacion que podia ser ella, especialmente que se habia olvidado (por permission de Dios) de lo que el ángel le habia dicho; pero quedó sosegado, entendiendo del mismo ángel, que le volvió á aparecer, que su mujer estaba en salvo y no habia echado por mal camino.

Pero Sta. Teodora, no contentándose de la vida comun de los otros monges, aunque era tan austera y ella la hacia con suma exaccion, siempre añadía nuevos rigores y nuevas asperezas de ayuno y de otras penitencias para macerar su cuerpo, y vengarse de él por la flaqueza que habia cometido. Dióse tanto á la abstinencia, que vino á no comer sino una vez cada semana, trayendo á raiz de sus carnes un áspero cilicio, pareciéndole todo poco para su pecado. El abad cierto de la santidad de Teodora, quiso que fuesen otros certificados de ella. Y para esto, como estuviese cerca del monasterio una laguna, en la cual habia su habitacion un cocodrilo, el cual salia de ella con daño de los caminantes, el abad mandó á Teodora que trajese un cántaro de agua de aquella laguna: ella fué por él; y aunque las guardas puestas allí por el prefecto de Alejandria para que avisasen del daño, se le opusieron, dijo ella que la obediencia le mandaba ir

á la laguna, y que no podia escusarlo. Dejaronla, y llegando vieron que la fiera asió de ella, y la llevó al agua: ella visto que no la hacia daño hinchó su cántaro, y la misma fiera la volvió á tierra. Estando fuera, púsose la Santa á mirar el cocodrilo, y reprendióle por las muertes que habia hecho: luego quedó allí muerta la fiera, y Teodora volvió á su monasterio. Mas resplandeciendo Teodora con tan grande ejemplo y santidad, el demonio, que llevaba muy mal el ser vencido de una mujer á quien él al principio habia rendido y derribado, viendo que no le sucedian los medios secretos y ocultos que habia tomado para hacerle guerra, se le apareció un dia, y la amenazó que la habia de perseguir y acosar hasta que cayese; y luego buscó la ocasion para hacer lo que aquí dire. Mandó el abad del monasterio á Teodora que fuese con los camellos á la ciudad por trigo, y que si no pudiese volver á tiempo, se quedase aquella noche en un monasterio que estaba en el camino, llamado Nono. Hizolo así Teodora, y por ser ya de noche, quedóse en el convento y fué á dormir al establo donde estaban sus camellos. Instigó el demonio á una moza que la vió y creyó que era hombre, para que se enamorase de él y le solicitase á mal; y como no hallase entrada para lo que queria, y estuviese abrasada del fuego infernal de concupiscencia, juntóse con otro pasajero de los que allí estaban, y concibió de él; y creciéndole el vientre y siendo preguntada de quién habia concebido, dijo, que del monge Teodoro en el monasterio Nono, señalando la noche y el lugar de aquella maldad. Los monges que esto oyeron, acudieron al monasterio donde estaba Teodoro, y dieron parte del caso al abad y á los otros monges; y despues que parió la mujer, llevaron al niño que habia parido al mismo monasterio, acriminando aquel hecho. Y como Teodoro no lo negase, por padecer mas, el abad le mandó echar del monasterio con el niño, para que le criase como padre, é hiciese la penitencia de tan grave culpa. Salido del monasterio, sustentó al niño con leche de ovejas, y crióle por espacio de siete años con gran paciencia y alegría, comiendo ella algunas yerbas del campo y bebiendo un poco de agua, ó por mejor decir, las muchas lágrimas que derramaba; y por el calor del sol, traia su cuerpo tan tostado y requemado, que parecia un negro de Etiopia. Pero siempre se quedó pegada al monasterio en una choza que allí junto habia armado, para ser mas notada de los monges que entraban y salian. No contento el demonio con esta tela que habia urdido, para tentarla y afligirla mas tomaba muchas veces la figura de su marido, y se llegaba á ella, diciéndola los requiebros y dul-

zuras que solia cuando estaban juntos, y derramaba muchas lágrimas, rogándola que se las enjugase quitándole la causa de ellas y volviéndose á su casa: otras veces venian los demonios á embestir con ella en forma de bestias fieras, ó de soldados, y de un grande ejército en que venia un gran príncipe, que por no haberle querido adorar, la mandó azotar, y los demonios lo hicieron con tanta fuerza y vehemencia, que la dejaron por muerta; y algunos pastores que la vieron, avisaron de ello á los monges para que la enterrasen; pero ella volvió en sí é hizo oracion, suplicando á nuestro Señor que la confortase, y con esto la dejaron. Pareciéndole al abad que ya Teodoro habia pagado bien el delito cometido con los siete años de tan dura penitencia, le mandó recibir de nuevo en su monasterio; pero con condicion que estoviese cerrado en una celda sin ocuparle en cosa alguna, y de esta manera estuvo otros dos años. En este tiempo salió una vez por mandado de su abad, y fué que por haber faltado el agua en todas las cisternas del monasterio, mandósele á Teodora que probase á ver si hallaba agua en una de las cisternas: obedeció ella; y aunque á todos los monges era manifiesto estar la cisterna sin agua, ella la sacó: y en adelante aquella cisterna, y todas las demás se vieron llenas de agua. Despues de esto oyeron un dia á Teodoro que estaba hablando en voz alta con el niño dentro de su celda, y algunos monges á quienes el abad habia mandado que estuviesen atentos para oír lo que le decia, le oyeron decir estas palabras: *Hijo mio, ya se llega el fin de mi vida: yo te encomiendo á aquel que estando en el cielo es padre de todos los huérfanos, y en la tierra al que lo fuere de este monasterio. Tendrás por hermanos á los monges de él. No procures ser honrado de los hombres, sino de Dios; y para serlo, el mejor medio es ser deshonrado en el mundo, y padecer afrentas y falsos testimonios. Si quieres ser honrado, honra tú primero á los otros. Aborrece el demasiado dormir: abraza la aspereza en el comer y en el vestir, y huye de todo regalo. No te descuides de la oracion, ni dejes de asistir con los monges á las horas canónicas así de noche como de dia. No acuses á tus prójimos: Cuando te preguntaren, responde con modestia, puestos los ojos en el suelo. No hagas burla de la caída ajena. Llorá para que seas consolado. Haz oracion por los que supieres que viven mal. Visita los enfermos y sirve á los monges como á tus señores. En las tentaciones acude á la oracion, y pide al Señor que no seas vencido; y acabando de decir estas razones, dió su espíritu al Señor.*

Quando el niño vió muerto al que pensaba ser su padre, y

como tal le criaba, comenzó á llorar amargamente; y los monges que allí estaban por orden del abad, oyendo los documentos que Teodora daba á aquel niño, le avisaron de lo que pasaba; y el mismo abad aquella noche tuvo una revelacion en que le descubrió Dios la grande gloria que tenia Teodora en el cielo, y la penitencia tan extraordinaria que habia hecho con el nombre de Teodoro. Convocó á sus monges; declaróles la revelacion que habia tenido; llevólos á la celda donde estaba el santo cuerpo, y vieron que era mujer y no hombre, y alabaron todos al Señor; y para honrar mas el santo cuerpo, avisaron á todos los monges que estaban en aquella comarca, y especialmente á aquellos que habian acusado á Teodoro y dádole por hijo al que no era suyo. Todos vinieron á porfia y reverenciaron al santo cuerpo, y le sepultaron cantando himnos y salmos, y con las otras ceremonias que usa la santa Iglesia. Tambien el marido de Teodora, que siempre habia estado en tristeza y lágrimas, fué avisado del cielo que su mujer era muerta en aquel monasterio; y yendo á él para verla, se encontró con un monge á caballo, que por orden del abad del convento le iba á llamar. Vino, vio, lloró, y pidió con grande instancia que le diesen el hábito de monge y la celda en que habia muerto Teodora, en la cual vivió y acabó santamente su vida; y el niño imputado y criado de Teodora, con los santos consejos que ella le dió, se quedó en el monasterio, y vivió con tan perfecto ejemplo y religion, que vino á ser abad del mismomonasterio.

La misa es en honor de S. Paciente, y la oracion la que sigue:

Oye, Señor, las súplicas que dignamente, libranos de todos te hacemos en la festividad de nuestros pecados en atencion á tu confesor y pontífice S. Paciente; y pues te sirvió tan sus merecimientos. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 13 de la primera del apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad se ensorbece, no es ambiciosa, no busca su propio interés, no tiene celos, no obra mal; no no se irrita.

REFLEXIONES.

La caridad es paciente. Da principio el Apóstol al retrato de

la caridad, y le concluye en dos rasgos. Con efecto, á la paciencia en sufrir á nuestros hermanos, al cuidado en no darles á ellos que sufrir, y á la atención de solicitarlos todo el bien que se pueda, se reduce en el fondo toda la dulzura, todo el espíritu, y casi todo el ejercicio de la caridad. Es cierta grandeza de alma, que tiene algo de heroísmo, saber sobrellevar el humor, el natural y hasta los mismos defectos de las personas con quienes vivimos. La paciencia con que se sufre á nuestros hermanos es muy superior á una virtud ordinaria, así como no hay mejor prueba de poca virtud que el poco sufrimiento. Ninguno deja de tener sus defectos que le sufran los demás; ¿pues por qué no sufrirémos los suyos á los otros? El mejor elogio, el mas noble retrato de una alma generosa, heroica y verdaderamente cristiana, es aquella bondad siempre compasiva y siempre benéfica, que la inclina muchas veces á sentir mas las miserias ajenas que las propias, no teniendo mayor gusto que aliviar á los desgraciados. Es señal de una bella alma compadecerse sinceramente de los afligidos, á diferencia de aquella maligna compasion que nace del orgullo, cuando algunas veces nos lastimamos de los trabajos de nuestros enemigos, dándoles á entender nuestra condolencia, precisamente por manifestarlos nuestra superioridad ó nuestra mejor fortuna. La verdadera compasion no consiste solo en ternuras exteriores ni en lágrimas inútiles; pide tambien socorros efectivos; y cuando la limosna se acompaña con la compasion, es mas estimable que la limosna misma. Es la caridad aquel único amor que sabe juntar el juicio y la prudencia con el ardor y con la vivacidad. Todo otro amor es ciego cuando es ardiente, y no reconoce otra guia que el capricho, la indiscrecion, la temeridad y algunas veces la locura. Para amar al prójimo como se debe, es menester sentir bajamente de sí mismo. El orgullo inspira desprecio de los demás; ¿pues como es posible amar á quien se desprecia, ni despreciar á quien se ama? Acaso es mas dificultoso sufrir sin emulacion las prendas sobresalientes de los sugetos con quienes se vive, que llevar en paciencia sus defectos; pero la caridad no conoce esta maligna envidia, que al mismo tiempo es el tormento y el rubor del amor propio. ¡Cosa estraña! Ninguna cosa debiera ser mas comun entre los fieles que la caridad, pues ninguna nos encomienda tanto Jesucristo. Ella es la virtud propia y característica de los cristianos: *In hoc cognoscent omnes*. Con todo eso, es hoy entre ellos una virtud harto rara la caridad. Segun eso, ¿tendrá hoy Jesucristo muchos discípulos verdaderos?

El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un escondrijo, ni debajo de un medio celemin, sino sobre el candelero; para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si

fuere perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en tí, sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

De la caridad cristiana.

PUNTO PRIMERO. — Considera de qué importancia es el primer mandamiento de la ley: *Amarás al Señor Dios tuyo, de todo tu corazon y de toda tu alma*. Pues el segundo, que manda amar al prójimo como á sí mismo, es semejante al primero. Ellos son dos mandamientos; mas, por decirlo así, casi es una sola cosa la que mandan ambos, pues el amor con que recíprocamente se aman los cristianos se puede decir que es una misma virtud y un mismo amor que aquel con que el mismo Dios quiere ser amado. Ora amemos á Dios, ora amemos á nuestros hermanos por esta cristiana caridad, siempre es una misma cosa la que amamos; porque amamos á Dios en nuestros hermanos, y amamos á nuestros hermanos por Dios. ¡Cuanta es la bondad de Dios en haber unido tan estrechamente estos dos preceptos!

Este es mi mandamiento, dice el Salvador, que os ameis los unos á los otros, como yo os amo. Este es el mandamiento de vuestro divino Maestro, dice S. Juan; si le observamos, observamos toda la ley. La señal por donde se conocerá que sois mis discípulos, dice el Hijo de Dios, será si os amáreis los unos á los otros. ¡Oh, qué motivo tan escelente para obligarnos á amar á nuestros hermanos! ¿Será menester por ventura proponernos otro? Este es el precepto especial, el precepto favorecido de Jesucristo; esta es la señal por donde han de ser conocidos sus discípulos; esto es lo mas grato, lo mas aceptable á Jesucristo que podemos hacer.

Grande error es imaginar que se ama á Dios cuando no se ama

al prójimo. En vano nos lisonjearíamos de amar á Dios si hubie-
ra en el mundo una sola persona á quien no amásemos como á
nosotros mismos. Es devocion falsa, es amor de Dios imaginario,
cuando hay en el corazon la menor emulacion, el menor encono,
la mas mínima aversion. ¿Pues cual será la suerte de los que re-
tienen injustamente el bien ajeno, y de los que se complacen en
denigrar la reputacion de sus hermanos? ¿qué podrán esperar
aquellos malignos corazones, aquellos genios avinagrados, que
por venganza, por envidia ó por alguna otra pasion pretenden
persuadir que solo aborrecen en los otros sus defectos, y quieren
hacer mérito, deseando que se tenga por virtud toda la maligni-
dad de su falso zelo?

La caridad cristiana ignora estos artificios. Es propiedad de los
insectos, de los gusanos venenosos, pegarse solo á las llagas; la
caridad solo nota en los hermanos las virtudes, excusando ó inter-
pretando benignamente los defectos.

¡Ah Señor, y qué poco me caracteriza á mí la señal que ca-
racteriza á vuestros hijos! ¡y qué visiblemente prueba el poco
amor que os he tenido á vos la poca caridad que he tenido hasta
ahora con mi prójimo!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que el amor de Dios está tan
estrechamente ligado con el amor del prójimo, que no puede
subsistir sin esta fraterna caridad: *Si alguno dice que ama á
Dios, y no ama á su hermano (dice el amado Discipulo)
mendax est*, miente. ¿Pero cuál ha de ser la medida, el mode-
lo, por decirlo así, de este amor? El amor de nosotros mismos.
¡Ah Señor, segun eso, qué pocos hay en el mundo que tengan
este amor y esta caridad!

Consideremos todas las propiedades de nuestro amor propio.
¡Qué atencion á solicitar cada cual sus conveniencias, y á des-
viar todo lo que puede incomodarle, entristecerle ó perjudicarle!
¡qué ingeniosos somos todos en ocultar, en disimular nuestros
defectos! ¡con qué ardor se aplica cada uno á defender sus inte-
reses, á promover sus adelantamientos! No hay lisonjero que
iguale al amor propio: excusa hasta nuestras mas groseras im-
perfecciones, y aprueba todo lo que nos lisonjea. ¿Conocerás
por estos rasgos el amor que tienes á tus hermanos? ¿te portas
con ellos con el mismo afecto, con la misma sensibilidad, con la
misma blandura y con la misma indulgencia? Esas negras envi-
duelas, esa desdeñosa frialdad, esas malignas interpretaciones,
esos desapiadados juicios, esas mordaces censuras, esa dureza y
ese sacudimiento, ¿son pruebas de que amamos al prójimo como

á nosotros mismos? Pero en medio de eso, este es uno de los
puntos esenciales de la religion, esta es como la basa de toda la
moral cristiana: *In hoc cognoscent omnes.* (Joan. 13.) Por esta
señal se conocen los discipulos de Cristo; este es el precepto es-
pecial y el distintivo del Salvador. No guardarle es estar en des-
gracia suya: *Manet in morte.* (1. Joan. 14.) Sin embargo de
eso, ¿hay precepto generalmente menos observado, ni que se
atropelle con mayor tranquilidad?

Admiramos toda la cristiana caridad de un S. Paciente: con-
venimos todos en que esta virtud brilló, sobresalió en todos los
santos; que fué la virtud favorecida de todos los predestinados;
que sin ella no hay derecho para entrar en los gozos del Señor;
que ella sola arregla la sentencia que hace á las almas bien-
aventuradas. Bien; ¿y es el dia de hoy la virtud general de to-
dos los fieles? ¡O mi Dios, qué fondo de reflexiones, de justos
sobresaltos, de crueles remordimientos!

Señor, ¡en qué miserable error he vivido hasta aquí, lison-
jeándome vanamente de que os amaba á vos cuando amaba tan
poco á mis hermanos! Mi conducta, con la asistencia de vuestra
divina gracia, probará en adelante cuanto detesto desde ahora
tan lastimoso descamino.

JACULATORIAS.—Pongo por testigo al mismo Dios de que os amo
á todos vosotros, hermanos míos, en las entrañas de mi Señor
Jesucristo. (Ad Philip. 1.)

Si nos amamos los unos á los otros, señal de que está con nos-
otros Dios. (1. Joan. 4.)

PROPOSITOS.

1 Muy de temer es que la falta de caridad haga inútiles y
aun execrables á los ojos de Dios muchos ayunos, muchas oracio-
nes, muchas penitencias y muchos trabajos padecidos al parecer
por amor de Jesucristo; pero que se quedaron estériles y secos
por haberles faltado el riego de la caridad cristiana. ¡Cuántas
personas al parecer muy devotas, despues de innumerables ejer-
cicios espirituales, despues de haber pasado muchos años en la
soledad, despues de haber gastado sus bienes y consumido su
vida en servicio del prójimo, se hallarán á la hora de la muerte,
si no con las manos vacías, á lo menos no tan llenas de méritos
como presumian, por haber tenido poco cuidado de perfeccionar-
se en la cristiana caridad! ¿de qué sirve estenuar el cuerpo á
penitencias, atormentarse á sí mismo con tanta crueldad como

los tiranos atormentaron á los santos mártires, si no se pueden llevar en paciencia las imperfecciones, ni aun las perfecciones de nuestros hermanos? Llevo todos mis trabajos con invencible constancia: no hay persecucion tan grande que haga titubear mi firmeza: estoy lleno de gozo en medio de las adversidades; pero me aflige la prosperidad ajena, me causan sentimiento los felices progresos de mi prójimo; pues *nihil sum*. Toda mi aparente virtud, toda mi postiza paciencia es como nada. Tengo especial gusto en hacer con los pobres los mas humildes oficios, me humillo y me desprecio á mí mismo sin que me cueste trabajo; pero siento no sé qué secreta complacencia en ver humillados á los otros: pues *nihil sum*. Todas estas esterioridades son engañosas, todo es falsa apariencia de virtud, todo es hipocresia. Nunca midas tu virtud sino por la regla de la caridad. Desde este mismo punto has de tomar una fuerte resolucion de sobresalir, mediante la divina gracia, en el ejercicio de la caridad cristiana, esto es, no solo de visitar, asistir y honrar á los pobres como á hermanos tuyos, sino de usar en adelante con todo el mundo de unos modales dulces, gratos, atentos y cortesanos. Destierra de tí desde luego esos modales altaneros, esos términos injuriosos, esas voces desentonadas y esos desdenes despreciativos, duros y picantes. Trata de ser sumamente delicado en todo lo que interesa la estimacion, el honor y la reputacion ajena. Escusa siempre los defectos del prójimo; compadécete de sus desgracias: alégrate de sus prosperidades: ten con todo el mundo una caridad benéfica, constante y universal. En fin, sea tu amor propio, por decirlo así, la regla de tu caridad, amando al prójimo como á tí mismo.

2 Sea siempre uno de los principales puntos de tu exámen este precepto tan preciso de la caridad. Acordándote del extraordinario zelo y de la inmensa caridad de S. Paciente, pide al Santo que te alcance de Dios esta virtud tan importante. Fué su carácter la caridad pura, infatigable, benéfica y universal: pídesela al Señor por intercesion del Santo.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

LA CONMEMORACION (si este dia fuere domingo de la octava de la Natividad se dice, LA FIESTA) DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, que el papa Inocencio XI mandó celebrar todos los años en el domingo de la infraoctava de la misma Virgen Maria, por

la esclarecida victoria que por su intercesion consiguieron los cristianos contra los turcos que tenían sitiada la ciudad de Viena en Austria, haciéndoles levantar el sitio. (*Su historia se lee en las del dia 9 de este mes.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES HIERONIDES, LEONCIO, SERAPION, SELESIO, VALERIANO Y ESTRATON, en Alejandria; los cuales por la confesion del nombre de Jesucristo fueron sumergidos en el mar imperando Maximino. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN AUTONOMO, obispo y mártir, en Bitinia; el cual huyendo de la persecucion de Diocleciano, como convirtiese allí muchos á la fe, enfurecidos los gentiles contra él, lo mataron en el mismo altar cuando estaba diciendo misa, quedando hecho hostia de Jesucristo.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MACEDONIO, TEODULO Y TACIANO, en Mera en Frigia; los cuales en tiempo de Juliano el apóstata y por orden del presidente Almaquio, despues de padecer otros tormentos, tendidos sobre unas parrillas en las ascuas, consumaron el martirio llenos de regocijo.

SAN CUNONOTO, obispo, en Cogni en Licaonia; el cual siendo degollado en tiempo del presidente Perennio, alcanzó la palma del martirio.

SAN JUVENCIO, obispo, en Pavia, del cual se hace mencion el dia 8 de febrero. Este fué enviado á aquella ciudad por S. Hermágoras, discipulo del evangelista S. Marcos, juntamente con S. Syro: y ambos predicando allí el Evangelio y resplandeciendo en eminentes virtudes y milagros, ilustraron con sus obras sobrenaturales aquella ciudad y las inmediatas, y gozando ambos de la alteza del obispado, descansaron en paz.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN SACERDOTE ó SADRUC, obispo, en Lion

SAN SILVINO, obispo, en Verona.

SAN GUIDON ó GUY, confesor, en Andrelek. (*Véase su vida en las de hoy.*)

El Calendario del Principado de Cataluña hace hoy mencion de SAN EULOGIO obispo, cuya vida se lee en las de mañana conformándonos con el Martirologio romano.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

LA caridad que se tiene en la Iglesia con los muertos siempre es provechosa á los vivos, no solo porque nos granjea amigos en el cielo, cuya proteccion siempre nos puede importar mucho, sino porque conduce maravillosamente para desprender nuestro corazon de este mundo, cuya vanidad y pasajera figura nunca la descubrimos mejor que cuando hacemos oracion por los difuntos.